

CHILE, LA SEDUCCIÓN DEL ORDEN

Juan Luis Orrego Penagos
Pontificia Universidad Católica del Perú

En Chile la ley no sirve para otra cosa que no sea producir la anarquía, la ausencia de sanción, el libertinaje, el pleito eterno, el compadrazgo y la amistad... la ley la hace uno procediendo con honradez y sin espíritu de favor.

(Diego Portales, 1834)

Conocida es la preocupación que tuvo el maestro Jorge Basadre sobre la historia latinoamericana. Desde muy joven supo que no era posible entender nuestra trayectoria republicana sin esa perspectiva continental o regional. Al analizar la Confederación Perú-Boliviana o la Guerra del Pacífico, por ejemplo, tuvo que analizar la historia de nuestros países vecinos. Y ese trabajo no solo lo podemos advertir en las páginas de *La Iniciación de la República* (Lima 1929 y 2002, 2 vols.) o en las diferentes ediciones de su *Historia de la República*. Lo hizo también en forma independiente, como el folleto *Historia contemporánea de los países sudamericanos del Pacífico* (Lima, 1940, 22 p.), el brillante ensayo *Chile, Perú y Bolivia independientes* (Barcelona, 1948), lamentablemente poco difundido y no reeditado, y el documentado artículo "Reconsideraciones sobre el problema histórico de la Confederación Perú-Boliviana" (en *Apertura*, Lima, 1978, p. 279-309). Esta breve reseña nos demuestra cómo el maestro Basadre cultivó este ejercicio de "historia comparada", tan útil como descuidado en nuestra historiografía republicana.

El trabajo que presentamos a continuación, pretende seguir esta perspectiva inaugurada por Basadre: es imprescindible conocer la historia de los países vecinos, más cercanos a nuestra realidad, para entender mejor nuestro pasado. En este sentido, desarrollaremos qué dificultades tuvo el proyecto liberal en Chile durante la primera mitad del siglo XIX en un contexto en el que triunfaba, aparentemente, una "república del orden", de clara tendencia conservadora, ideada por la generación del ministro Diego Portales.

El reordenamiento inicial

Chile nació como país independiente sin mayores contratiempos. Es cierto que en la década de 1820 tuvo un relativo desorden político pero ya en 1833, a los quince años de conseguida la separación de España, su clase política

diseñaba, de la mano de Diego Portales, un sistema de gobierno y las bases de un estado nacional. Mientras los demás países de la región aprobaban constituciones provisionales y se sumían en la anarquía, la Constitución chilena de 1833 reflejaba fielmente el escenario social y lo perpetuaba. Consagró el presidencialismo y el centralismo; además, le dio a la oligarquía conservadora el control del país por lo menos en los próximos 30 años.

Todo esto se vio favorecido, de un lado, por el perfil del territorio. Era un país estrecho, compacto y manejable. Se extendía desde la zona minera del Copiapó hasta el río Bío-Bío en el sur, más allá del cual los indios araucanos, unos 200 mil, preservaban tenazmente su identidad e independencia.¹ La mayoría de los chilenos, un millón al momento de la independencia, vivía en la región del valle central al sur de Santiago (productor de fruta y cereal). Había unificación étnica, clave de la estabilidad social: una minoría blanca y una mayoría mestiza; el número de negros y mulatos era muy reducido, y los indios vivían excluidos al sur. Todo esto hacía que la sociedad chilena estuviera compuesta por una

¹ Lynch, John. "La formación de los estados nuevos". En Salmoral, Manuel y otros, *Historia de Iberoamérica...* Madrid, Cátedra, 1992. El problema del indio era una cuestión que no afectaba la vida del país, como sí ocurrió en las repúblicas andinas o centroamericanas, al menos hasta después de 1850. La mayoría vivía más allá de las fronteras (al sur del río Bío Bío, a 500 kilómetros de Santiago) y, si bien los indios en algunas oportunidades pusieron a prueba la eficacia del estado, no plantearon serios problemas de tierras, mano de obra o raza a los políticos. El Bío Bío fue el límite entre las dos naciones, aunque por los chilenos jamás reconocido y eventualmente violado. A partir de la década de 1850, con el *boom* del trigo, se inició la llamada "pacificación de la Araucanía", es decir, la guerra colonizadora del estado contra los araucanos (Kannemann, Ingrid "El liberalismo y los pueblos autóctonos de América Latina: ayer y hoy. En *Annales*, N° 5-6, Instituto Iberoamericano de Gotemburgo, 1993). La guerra contra los araucos, sin embargo, había sido activa solo durante un siglo, hasta la década de 1650, produciéndose a continuación un apaciguamiento que solo fue roto de vez en cuando, dando paso a una intensa compenetración fronteriza y a una ocupación espontánea de buena parte del territorio indígena, antes que se iniciase la intervención estatal a partir de 1860. Así las cosas, hubo una vida fronteriza más que una lucha y de ella derivaron actitudes que nada tuvieron que ver con el espíritu marcial. La Araucanía y el ajetreo que unía a los nativos con los hispano-criollos y mestizos, fue un mundo donde tenían cabida los más variados tipos humanos. Allá iba a dar cuanto bandolero producía el país al sur del Maule y también al norte de aquel río. Se enrolaban en la milicia y la dejaban, traficaban con aguardientes y armas, robaban o compraban indias y niños, esperaban de cualquier lance, ayudaban o traicionaban a los indios y vivían sin ninguna ley. Inagotables en triquiñuelas, asiduos en la procreación de mestizos, tomaban la vida a la ligera. Los de mayores ínfulas adquirían tierras de los caciques con buenas o malas artes y se convertían en ganaderos. En esa atmósfera, no fue propiamente el ánimo gallardo el que se desarrolló, sino la vida irresponsable y desordenada, la improvisación, el vivir a salto de mata, la evasión y la picardía constante. Todo ello entroncaba, además, con el ocio rural de los siglos coloniales (Villalobos, Sergio, *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1988).

1890. Pero más allá del indudable talento político de Portales, el triunfo de los conservadores (llamados *pelucones*) se debió a que representaban mejor que los liberales (llamados *pipiolo*s) las estructuras culturales y mentales heredadas del pasado colonial.⁵ En este escenario, como vemos, había poco espacio para los liberales: fueron combatidos (exiliados la mayoría de veces) o asimilados poco a poco al sistema siempre y cuando moderasen sus posiciones (tal como ocurrió a partir de 1860).

La primera generación de liberales chilenos no era muy democrática. Es cierto que deseaban una base de gobierno más amplia o la abolición de los fueros eclesiásticos, pero no contaban con apoyo popular. Una de sus figuras más influyentes fue el general Ramón Freire quien trató de evitar el autoritarismo de Bernardo O'Higgins. En 1826 dio paso a una serie de gobiernos y Chile retrocedió hacia un federalismo que lo condujo a la anarquía. En este confuso periodo destaca la Constitución de 1828 que dio otro aviso liberal: la supresión de los mayorazgos. Otro liberal de entonces fue el presidente Antonio Pinto⁶ quien, a la par de proclamar la libertad y la igualdad individuales, la libertad de prensa, trató de calmar los ánimos dando ingreso a su gobierno a algunos conservadores. Todos estos intentos de institucionalización política respondían a una idea utópica, en el sentido de que un sistema teórico (racional) bien pensado e implantado adecuadamente podía alterar rápidamente la realidad. Pero estas constituciones no respondían a las condiciones históricas del país y, aunque bien intencionadas, demostraron reiterada y rápidamente su ineficacia. De este modo, el prestigio de los liberales quedó seriamente dañado por la anarquía entre 1824 y 1829. Su federalismo no tuvo éxito y habían demostrado incapacidad para gobernar. La preponderancia *pipiolo* sucumbió.⁷

El camino estaba allanado a los conservadores, unidos a los *estanqueros*, cuyo interlocutor era Portales. Su proyecto, como vimos, sería plasmado en la Constitución de 1833, obra de los juristas Mariano Egaña y Andrés Bello, pero inspirada en Portales, que defendió un gobierno de mano dura que tomaría medidas severas contra el desorden

⁵ Villalobos, Sergio. *Portales una falsificación histórica*. Editorial Universitaria, Santiago, 1990.

⁶ Padre de Aníbal Pinto, presidente de Chile cuando estalló la Guerra del Pacífico en 1879.

⁷ Entre los más exaltados, que aspiraban a romper el orden tradicional para instaurar una completa democracia, estaban Carlos Rodríguez, José María Novoa, el boliviano Manuel Aniceto Padilla, el francés Pedro Chapuis y el argentino Nicolás Orjera. El ala federalista la encabezaba José Miguel Infante. Por último, entre los *o'higginistas*, quienes veían como única solución del caos el regreso del Libertador al gobierno, se encontraban José Antonio Rodríguez Aldea, el general Joaquín Prieto, Gaspar Marín y Gregorio Argomedo. Algunos de estos grupos se expresaban públicamente en periódicos como el *Valdiviano Federal*.

reducida elite criolla terrateniente y de una masa de trabajadores agrícolas y mineros. También había comerciantes, empresarios mineros y profesionales liberales que, en su mayoría, también recurrían a la posesión de tierras como símbolo de prestigio social. En este escenario, a pesar de una evidente conciencia racial, no había conflicto social. Solo la clase dominante estaba dividida por algunas ideas e intereses, pues algunos pensaban que sus negocios estarían mejor protegidos por un sistema liberal y otros por un gobierno conservador.

La república de Portales

¿Pero cuál fue la clave del orden? Quizá la respuesta se encuentra en un pasaje de una de las cartas del *Epistolario* de Diego Portales: "El orden social se mantiene en Chile por el peso de la noche y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos: la tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública. Si ella faltase, nos encontraríamos a obscuras y sin poder contener a los díscolos más que con medias dictadas por la razón, o que la experiencia ha enseñado a ser útiles; pero entre tanto..."² Lo que Portales expresa es una constatación, el reconocimiento de un hecho. El orden opera porque la estructura social está sólidamente asentada y es aceptada, y porque el liberalismo no existe, carece de hombres (*sutiles, hábiles y cosquillosos*) que lo puedan hacer posible. Analizando un poco más, diríamos que se trata de una mentalidad proclive a aceptar la jerarquía social, el orden y una autoridad política fuerte³, y al hecho de que la hacienda (una sociedad autoritaria y jerarquizada en pequeña escala) fuese la estructura social dominante. Sabemos, por último, que al ministro Portales, estadista de genio, no le gustaba teorizar, era pragmático, intuitivo. En Chile, reconoce, hay una inercia (*el peso de la noche*) y no habiendo fuerza externa actuando sobre un cuerpo inerte, este seguirá en reposo o bien continuará moviéndose en forma recta y uniforme.⁴

Portales era el interlocutor de una elite tradicional que giraba alrededor de "semi-principios" rara vez verbalizados pero efectivos: que no se altere el orden jerárquico, que el mundo rural esté al margen de los cambios, que ni la Iglesia o el Ejército sean demasiado poderosos, que el estado debe estar controlado por la elite tradicional, y que los grupos que pudieran amenazar el orden (los liberales) deben estar también controlados, neutralizados o, si es posible, volverlos propios. Esa fue la esencia del *orden portaliano* que funcionaría, con ligeras adaptaciones, hasta por lo menos

² Citado por Jocelyn-Host, Alfredo. "El peso de la noche, la otra cara del orden portaliano". En Fernando E. Barba y Carlos A. Mayo (compiladores), *Argentina y Chile en época de Rosas y Portales*, p. 76-98, Universidad de La Plata, Buenos Aires, 1997, p. 79.

³ Góngora, Mario. *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria, Santiago, 1986.

⁴ Jocelyn-Host, A. Op. cit.

y la inseguridad. Tres gobiernos conservadores, de diez años cada uno, simbolizaron este orden envidiable para otras repúblicas latinoamericanas: Joaquín Prieto (1831-41), Manuel Bulnes (1841-51) y Manuel Montt (1851-61).

Durante esta coyuntura, además, la victoria sobre la Confederación Perú-Boliviana (1836-39) le dio gran prestigio al estado oligárquico chileno y postergó, al menos por un tiempo, la pugna al interior de la clase política. Los chilenos pudieron contar con una transición pacífica y atemperar las medidas represivas tomadas contra los liberales durante el periodo dominado por Portales (muerto en 1837). Por ello, el gobierno de Bulnes, héroe de la guerra, se consideró como de reconciliación, orden y progreso. El orden se logró mediante una severa ley de prensa y el progreso a través del incremento del comercio. Pero el progreso también se vio en un renacimiento cultural estimulado por la llegada de algunos exiliados políticos de notable talla intelectual: los argentinos Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre y Juan Bautista Alberdi, quienes huían de la dictadura de Rosas, y el venezolano Andrés Bello. Esta presencia reavivó la prensa, y fue Sarmiento quien surgió como el observador más agudo de las relaciones entre prensa y política ya que prestó especial atención al periodismo como profesión. Sus cualidades como articulista, además de un certero instinto político, lo convirtieron en un escritor cuyos aportes a la prensa fueron lo suficientemente poderosos como para significarle no solo enorme popularidad sino también las más enconadas enemistades.⁸

La arremetida liberal

Lo cierto es que la presencia de estos intelectuales influyó grandemente en el resurgimiento del espíritu liberal en la política y la producción académica, y reabrió la discusión en temas hasta ese momento considerados intocables: privilegios y riqueza de la Iglesia y la necesidad de una reforma constitucional

⁸ Jaksic, Iván. "Sarmiento y la prensa chilena del siglo XIX", *Historia*, vol. 26, p. 117-144. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991. Durante su permanencia, Sarmiento escribió en varios diarios y periódicos chilenos. La gran mayoría de sus artículos se publicó en *El Mercurio* de Valparaíso y *El Progreso* de Santiago durante la primera administración de Bulnes. Fue en *El Progreso*, propiedad de la poderosa familia Vial, donde Sarmiento aportó gran parte de sus escritos más influyentes, incluyendo el *Facundo*, que salió en forma de folletines. Sarmiento había hecho una carrera exitosa en *El Mercurio*, pero aceptó el puesto de redactor de *El Progreso* en 1842 y tuvo la responsabilidad principal sobre el primer diario de Santiago, por lo menos hasta 1845, cuando viajó al exterior a cargo de una comisión del gobierno para estudiar los sistemas educativos en Europa y Estados Unidos. A su regreso, en 1849, su actividad periodística no fue tan intensa como entre 1841 y 1845, pero la prensa continuó proporcionando un vehículo importante para la difusión de sus ideas (Jaksic, 1991: 131-132).

y electoral. De este modo nace la llamada "generación de 1842"⁹ encabezada por Ventura Marín y José Victorino Lastarria, profesores del Instituto Nacional, donde se educó al menos el 80% de los hombres que dirigieron al país hasta 1891.¹⁰ Sin embargo, el fenómeno reflejado de manera tan viva en el cultivo de las letras por esta generación "romántica", fue apenas un aspecto de una actitud vital de mayor complejidad, que habría de desembocar decididamente en una definición religiosa y política.

Sarmiento se dio cuenta de que el liberalismo chileno se encontraba desarticulado; también lo estaban los conservadores, cuyas divisiones se polarizaban en un ala tradicional, oligárquica, clerical y enemiga de los cambios violentos, y otra modernizante y laica, compuesta por los miembros más jóvenes de este movimiento.¹¹ En el Congreso, la oposición estuvo liderada por Manuel Camilo Vial, quien había sido cesado como primer ministro por Bulnes en 1849. Su grupo, que buscaba nuevos caminos al poder, tenía como ideólogo al liberal José Victorino Lastarria, férreo crítico de la herencia colonial. Fuera del Congreso, los liberales Francisco Bilbao y Santiago Arcos defendían la verdadera democracia bajo la influencia de la revolución de 1848 en Francia.

El llamado "48 chileno" introdujo nuevas formas de sociabilidad, sobre todo en el sentido de un énfasis laico, racionalista y modernizante, que

⁹ Las manifestaciones de este nuevo espíritu aparecieron, en efecto, en 1842. Ese año se creó la "Sociedad Literaria" que reunió a lo más selecto de la juventud liberal de la oligarquía santiaguina. Allí estaban Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria, Jacinto Chacón, Juan N. Espejo, Eusebio Lillo, Juan Bello, Aníbal Pinto, Santiago Lindsay y otros. Varios de estos personajes serían luego representantes del "48" chileno. Pero el hecho más importante fue la fundación, ese mismo año, de la Universidad de Chile. Tomó como modelo el "Institut de France" y fue una institución deliberante, consultiva y académica, con la responsabilidad de revisar todo el sistema educativo nacional (Gazmuri, Cristian. *El "48" chileno. Igualitarios, reformistas radicales, masones y bomberos*. Editorial Universitaria, Santiago, 1998).

¹⁰ La actividad literaria encontró eco en las páginas de la *Revista de Valparaíso*, dirigida por el argentino Vicente Fidel López, y en *El Museo de Ambas Américas*, del colombiano Juan García del Río, además de *El Mercurio de Valparaíso*, donde Sarmiento publicaba sus artículos sobre literatura. Bajo su tutela empezaron a producir Lastarria, el poeta Eusebio Lillo, autor de la letra del himno nacional, el costumbrista José Joaquín Vallejo, Francisco Bilbao, el quijotesco conspirador, autor de un ácido estudio sobre la *Sociabilidad chilena*, que le valió la expulsión del Instituto Nacional por "blasfemo e inmoral" (1844) y de *Boletines del Espíritu*, por el cual el arzobispo Valdivieso lo excomulgó (1850), y Salvador Sanfuentes, traductor de los clásicos, poeta y autor de leyendas en verso inspiradas en la historia nacional. Todos ellos, influidos por el romanticismo, no descartaron del todo las fuentes clásicas (Silva, Osvaldo, *Historia contemporánea de Chile*, Fondo de Cultura Económica. México, 1995).

¹¹ Estas diferencias, a veces muy graves, se hicieron patentes en las elecciones de 1841. Los miembros del primer grupo (*pelucones*) buscaron su propio candidato presidencial, Joaquín Tocornal, y una alianza con los liberales para derrotar a Bulnes. El grupo conservador modernizante buscó la misma alianza y gracias a la popularidad de Bulnes como héroe de la guerra contra la Confederación, venció en las elecciones de 1841.

tendría poco impacto en el corto plazo, pero uno mayor en el mediano. Su efecto inmediato fue la movilización de los artesanos de la capital, la creación de la Sociedad de la Igualdad, la organización de mítines y manifestaciones y su injerencia en la revolución de 1851.¹²

El peligro era inminente y, ante este liberalismo radical, el partido conservador aceptó al autoritario Manuel Montt (formado por Portales), primer candidato civil a la presidencia como sucesor de Bulnes.¹³ El resultado de las elecciones dio un triunfo aplastante a Montt, resultado que no fue acatado por los líderes del "48" chileno. Sus antecedentes portalianos y casi absolutistas desataron la guerra civil de 1851 que sería aplastada por las fuerzas leales al nuevo gobierno. Quizá la conclusión que se desprendió de este fracaso era simple: ni a través de las urnas ni con el recurso de las armas podían los opositores vencer al gobierno. La única actitud sensata para ellos era dejar pasar el tiempo y esperar la inevitable erosión del sistema. No había duda que la política chilena estaba al borde de algunas transformaciones para romper el "consenso" portaliano. A partir de la década de 1860 se iría formando una alianza liberal-conservadora que introduciría los ajustes.

Este clima de cambio también se vería favorecido por el notable crecimiento del comercio exterior basado en la exportación de alimentos (trigo) y minerales (plata y cobre); además, la apertura de los puertos hizo de Valparaíso un centro de importación y distribución en el Pacífico sur.¹⁴ Los conservadores se defendían

¹² Gazmuri, C., op. cit.

¹³ A fines de 1850, un numeroso grupo de *pelucones* y empresarios, lanzó la candidatura de Montt. Esta postulación era resistida por numerosos gobiernistas. Se reprochaba a Montt su autoritarismo y el no tener vínculos con la clase dirigente de Santiago (Etchepare, José Antonio. "Ciento cincuenta años de gestación de candidaturas presidenciales, Chile 1850-2000, *Cuadernos de Historia*, vol. 19, p. 225-261. Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, 1999). Asimismo, era el primer postulante civil a la Presidencia de la República (como aquí en el Perú, ese mismo año, la candidatura del civil Domingo Elías); de otro lado, Sarmiento apoyó también la candidatura de Montt.

¹⁴ En la década de 1840, la afluencia del oro californiano propició un estímulo pasajero para las exportaciones agrícolas, que saltaron de 6,1 millones de dólares en 1844 a 12,4 millones en 1850 y alcanzaron los 25 millones de dólares en 1860. Pero ahí se nivelaron y luego empezaron a caer de nuevo, pues la finalización del ferrocarril transcontinental estadounidense ayudó a que se perdiera el mercado californiano. De otro lado, si bien las exportaciones a Inglaterra continuaron, con su ventajosa situación y sus fértiles pampas, Argentina tenía un mejor acceso a Europa. Por supuesto, la producción agrícola y el comercio continuaron en Chile, pero no se convirtieron en las fuerzas conductoras del crecimiento económico. La minería fue la que desempeñó ese papel. Entre mediados de la década de 1840 y mediados de la de 1850, la producción de plata (con la famosa mina de Chañarcillo a la cabeza) se cuadruplicó o quintuplicó. Se aceleró la producción de cobre, y en 1870 Chile ya controlaba alrededor de un cuarto del mercado mundial de este producto. Entonces sobrevino un agudo descenso y no recuperaría su posición preeminente hasta el cambio de siglo (Skidmore, Thomas y Smith, Peter. *Historia contemporánea de América Latina: América Latina en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1996).

ante el conjunto de la sociedad por lo evidente del progreso material y económico del país. Por ello, este impacto no logró alterar de manera fundamental las grandes corrientes políticas y culturales de la época, dominadas aún por un catolicismo conservador, por un lado, y por un liberalismo modernizante en lo económico y educacional, pero conservador en lo social y lo político, por otro.

José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao

Tanto Lastarria (1817-1888)¹⁵ como Bilbao (1823-1865), liberales chilenos, habían atacado desde la década de 1840 el legado espiritual y social de España en América. Sus obras también se tiñeron de un panamericanismo producto de la amenaza que ejerció la Escuadra Española en el Pacífico Sur entre 1865 y 1866. Ambos, al igual que Sarmiento y Alberdi, se inspiraban intelectualmente en el fuerte ataque que en Europa se lanzaba en contra de la validez de las doctrinas de los derechos naturales y la utilidad, doctrinas que ahora se consideraban demasiado abstractas, legalistas y de discutible aplicación universal.¹⁶ Por ello exigían originalidad en las leyes, que debían reflejar las condiciones reales del pueblo.

Lastarria, ex profesor de Bilbao y más moderado que su alumno, criticó con suma dureza la persistente mentalidad colonial y defendió los valores utilitarios que estaban en consonancia con las formas republicanas que su país venía adoptando. A través de su obra política e intelectual, se constata que la conciencia liberal chilena es abstractamente nacionalista, pues en su intento fundacional se define casi en la pura oposición a lo español y al pasado colonial, encontrándose además en la paradoja de tener que fundar una cultura propia a partir de elementos ajenos.¹⁷ De ello se desprende

¹⁵ Escritor chileno que nació en Rancagua (al sur de Santiago de Chile). Fue abogado (llegó a integrar la Corte Suprema de Justicia), profesor universitario, político (diputado, senador, ministro, diplomático) y periodista, fomentó la literatura nacional en Chile al fundar la Sociedad Literaria de Santiago y explicitar sus fines al inaugurarla en 1842, así como al cultivar consecuentemente la prosa de creación. Con Lastarria, el cuento y la novela corta en Chile adquirieron altos niveles literarios. En sus obras intercalaba hechos históricos con personajes de ficción. Así *El mendigo*, (1843) entremezcla la narración fantástica con la batalla de Rancagua y el sitio de Chillán. En *Rosa* (1848) utiliza similar técnica, refiriéndose a la batalla de Chacabuco y a la declaración de la Independencia. Catalina de Erauzo, la famosa monja Alférez, fue el objeto de su novela corta *El alférez Díaz de Guzmán* (1848). Estas y otras obras de ese período marcan la época juvenil de Lastarria. El segundo período de madurez estuvo marcado por un romanticismo en el que se introducían notas de realismo y naturalismo. Aquí destacan obras tales como: *Don Guillermo* (1860) y el *Diario de una Loca* (1875). Entre sus ensayos figuran: *Lecciones de política positiva* (1874); y, entre sus memorias, escribió: *Recuerdos literarios* (1878). Fue primer director de la Academia Chilena de la Lengua (1885). Murió en Santiago de Chile el 14 de junio de 1888.

¹⁶ Hale, Charles. "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina. América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930*, vol. 8, p. 1-64. Crítica, Barcelona, 1991.

¹⁷ Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Sociedad y cultura liberal en el siglo XIX: J. V. Lastarria*, vol. 1. Editorial Universitaria, Santiago, 1997.

que "lo chileno", para un pensador como Lastarria, nace como valor y como idea antes de tener una existencia real.

En 1838, sus convicciones lo llevan a concebir un plan, liberal e ilustrado, que habrá de orientarlo durante toda su vida. El plan consiste, según sus propias palabras, "en combatir los elementos viejos de nuestra civilización del siglo XVI para abrir campo a los de la regeneración social y política, lo que debe conducirnos al gran fin de la emancipación del espíritu, y con ella la posesión completa de la libertad, es decir del derecho".¹⁸ Lastarria, influido por el romanticismo europeo, tiene la idea de que *regenerarse* equivale a *desespañolizarse* y a recuperar la naturaleza humana trastornada por la conquista. Su plan, entonces, busca reformar la conciencia y reeducar el espíritu como punto de partida para reformar las instituciones en un sentido liberal. No es un plan de revolución sino de evolución que requiere todos los medios posibles: "Había tenido que hacerme historiador... de dos civilizaciones, una que caduca y otra que se levanta, porque se necesitaba mostrar la deformidad, la incongruencia... de la primera en nuestra época... Había tenido que hacerme literato para auxiliarme en este propósito con todas las formas del arte... Había tenido, en fin, que hacerme publicista para trazar una nueva senda, para enseñar y hacer triunfar los principios democráticos... Obras políticas y literarias, grandes y pequeñas, francas o disfrazadas, insolentes o humildes, didácticas o de fruslerías, todo era bueno siendo oportuno y consagrado al gran propósito".¹⁹

Para Lastarria, a pesar de la Independencia, la influencia negativa de la Colonia seguía operando en la mentalidad y en las instituciones chilenas, por ello su plan insiste en reformar las conciencias para transformar la realidad. Desde esta perspectiva, lo sustancial es la emancipación de la conciencia y lo adjetivo, la historia, la literatura, el derecho, la prensa, etc. Su programa es ilustrado en la medida que es racionalista, que tiene un fin didáctico y que presupone el poder de las ideas y la tendencia natural del hombre a la perfectibilidad. Es también un proyecto liberal, porque la emancipación de las conciencias es para Lastarria el primer paso al que debe seguir la modernización –en un sentido liberal– de todas las instituciones.

Llevado al panamericanismo por el conflicto con España, escribió *La América* (1865). Allí defendió el "sistema liberal-republicano" implantado tanto en América del Norte como en América del Sur contra la, según él, "ridícula" idea reciente de que existía una raza latina en Europa y América que compartía un destino común. Concluyó que la América "Latina" era una invención napoleónica cuya única finalidad era restaurar (o justificar) el absolutismo en nuestro continente, tal como venía sucediendo en México.

¹⁸ Cit. por Subercaseaux, B., op. cit, p. 42.

¹⁹ Cit. por Subercaseaux, B., op. cit, p. 44.

La razón fundamental de esta oposición reside en que América, como ex colonia del Viejo Mundo, encarna la vocación republicana y libertaria; mientras Europa representa la tradición monárquica y absolutista.²⁰ No se trata entonces, de una oposición económica, étnica o cultural, sino de una oposición en el plano de las ideas y de los principios. Para él, por ejemplo, lo que une a Washington, Bolívar, Sucre y Lincoln es su condición de héroes republicanos, mientras los héroes europeos, como César y Napoleón, serán siempre héroes de las fuerzas despóticas. Finalmente, al igual que Alberdi, Lastarria estaba influido por el popularizador francés del método comparativo e histórico Lermínier; por ello, escribió en sus *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista i del sistema de los españoles en Chile* (1844), que las leyes del progreso y la decadencia humanos solo pueden encontrarse en la historia y no en la naturaleza.

En Bilbao son dignos de estudio tanto sus ideas como su apasionante itinerario biográfico. Ambos son indisolubles para comprender a cabalidad al personaje. Llevado al radicalismo, pidió la "desespañolización", incluso la "descatolización" de Chile. Puso de moda la palabra "sociabilidad", tal como aparece en la *Sociabilidad chilena* (1844): los reformadores y constituyentes liberales no deben guiarse por principios abstractos sino por las peculiaridades de las relaciones sociales históricamente condicionadas de un país. Dicho texto, sin embargo, es más conocido por la crítica ácida y descarnada que hace de la Iglesia Católica en Chile, al poder que tenía esta sobre la conciencia de las personas y a su riqueza material. Pero en él también denunció la extrema desigualdad social en su país y abogó por las libertades ciudadanas que no existían. Bilbao, entonces de 21 años, fue sometido a juicio en junio de 1844, y asumió personalmente su defensa. El fiscal lo condenó por sedición, blasfemia e inmoralidad, imponiéndole una multa de 1.200 pesos, que fueron cancelados por sus partidarios. Estos lo sacaron del tribunal sobre hombros, aclamándolo²¹. Ese mismo mes, Bilbao fue expulsado del Instituto Nacional sin poder terminar sus estudios.

Enviado al exilio, pasó años muy fructíferos en Francia, entre 1845 y 1850, donde vio muy de cerca el creciente movimiento republicano, la polémica sobre el papel de la Iglesia en la educación y la sangrienta Revolución de 1848 y sus consecuencias; allí, en París, tomó conciencia del enfrentamiento de los grupos populares con la burguesía, a la cual creía más progresista, terminando por presenciar la reacción monárquica. Como

²⁰ Subercaseaux, B., op. cit.

²¹ Fue recibido en un mítin como un verdadero héroe y, en medio de aplausos y vítores, fue cobijado por una concurrencia de cientos de personas entre las que dominaban los estudiantes y, en menor medida, artesanos santiaguinos (Gazmuri C., op. cit, 1998).

si esto fuera poco, Bilbao entabló estrecha amistad con los gigantes liberales de la época: Felicité de Lammenais, Jules Michelet (de quien tomó clases de Historia) y Edgar Quinet. Quinet, que se había exiliado de Francia como consecuencia del imperio de Napoleón III, influyó mucho en él al darle cursos sobre cristianismo. Le alentó el republicanismo y el racionalismo místico anticatólico (mezclado con ideas de la francmasonería).

Pero decepcionado por el giro que tomaron los movimientos europeos, regresó a Chile en 1850. Se vinculó a grupos del artesanado y a liberales radicales. Fundó la Sociedad de la Igualdad en 1850 y creó el periódico *El Amigo del Pueblo*, contrario al gobierno de Montt y al clero católico.²² Ese mismo año, Bilbao fue excomulgado por la Iglesia Católica chilena por su obra *Los Boletines del Espíritu*, en la que criticó los dogmas católicos. Luego de la insurrección de 1851 se exilió en el Perú²³. Aquí lo obligaron a salir, viajó nuevamente a Europa y finalmente se radicó en Buenos Aires. Allí lo sorprendieron la anexión de la República Dominicana a España y la invasión francesa de México.

Estos acontecimientos dieron lugar a tres obras de Bilbao: en *América en peligro* (1862), alababa el ejemplo de Estados Unidos y el "dogma del libre examen" como fundamento de la libertad; en *Emancipación del espíritu en América* (1863) volvía a destacar el ejemplo de Estados Unidos, advirtiendo que había llegado la hora de liberarse de la tutela espiritual de Francia; y, finalmente, en *El evangelio americano* (1864) pronosticaba que el genio sajón y el hispanoamericano formarían una "síntesis de la civilización americana destinada a regenerar el viejo mundo". Lamentablemente Bilbao murió joven, a los 42 años, en Buenos Aires, donde publicó sus obras citadas. Fue muy leído por las generaciones siguientes las cuales siempre recordaron su juventud, su espíritu de librepensador y su cultura cosmopolita. También es considerado el precursor del socialismo en Chile.²⁴

Finalmente, para entender el liberalismo chileno hasta 1850 y 1860, debemos tener en cuenta lo siguiente:

²² Ibid.

²³ En Lima, ciudad que ya conocía desde los tiempos del exilio de su padre durante la administración de Portales, se integró a la vida política. Criticó al clero local, fue perseguido y se asiló en la legación francesa durante tres meses. A pesar de que se comprometió a no intervenir más en política, participó en la "revolución liberal" de Castilla en 1854. Fue deportado por Echenique a Guayaquil, pero regresó a Lima y se integró a las tropas de Castilla que tomaron la capital a principios de 1855 luego de su triunfo en la batalla de La Palma. Rápidamente discrepó con el nuevo gobierno de Castilla y este lo acusó de atentar contra la Constitución por la publicación de *El Gobierno de La Libertad*. Le pidieron abandonar el país y se marchó a Europa en mayo de 1855.

²⁴ En este sentido, es importante resaltar que la Sociedad de la Igualdad, con Francisco Bilbao a la cabeza, es considerada el movimiento político precursor del socialismo en Chile. Luego, en 1898 surge el Partido Obrero Francisco Bilbao (POFB) que luego se convertiría, en 1901, en el Partido Socialista.

1. Un aspecto sustancial fue que la elite chilena del siglo XIX es una y varias elites a la vez. Por una parte, no logra superar sus viejos sentimientos señoriales que, reiteradamente, cada vez que se ha enriquecido por su participación en actividades mercantiles o mineras, le hace volver la vista hacia la tierra y a los valores asociados a ella. Por otra, siempre está abierta a la incorporación de nuevos miembros que le puedan inyectar los medios económicos que le permitan seguir subsistiendo como grupo dirigente. Así, siempre está en una situación mucho más dinámica de lo que se cree; acepta el cambio, siempre y cuando el cambio no perjudique su estabilidad y no derrumbe la construcción institucional que, a pesar de las diferencias e incluso de los momentos de conflictos entre aquellos que se sitúan en el ala liberal del poder y los ubicados en el ala conservadora del mismo, le permite seguir manteniendo un orden bastante específico.²⁵

2. El liberalismo, como filosofía política, ya se conocía en Chile desde la Independencia. Era, sin embargo, un liberalismo doctrinario, a veces jacobino, y que se difundía entre algunos miembros de la élite o, en todo caso, como una actitud de rebeldía que se daba entre los *pipiolos* que luchaban contra el autoritarismo *pelucón*, muchas veces por despecho o por envidia. Se sabe, por ejemplo, que entre los pipiolos había fracasados y desplazados, o los descontentos frente al sistema. Lo cierto es que demostraron su reiterada impotencia para desbaratar el edificio conservador. En ese grupo hubo una interesante influencia de la Ilustración y el liberalismo europeo, que en algunos casos individuales no solo es manifiesta, sino que además es efectivamente sentida (como el presidente Antonio Pinto); pero es obvio, igualmente, que los grados de comprensión y de asumir el liberalismo fueron bastante amplios. A esa influencia liberal, se opuso la entonces todavía vigente fuerza tradicional del clericalismo conservador, aunque ello se podría observar como parte del juego cultural que implica tener una posición con la cual enfrentarse a los dilemas y realidades sociales.²⁶ Pero desde lo económico todos eran liberales, o al menos librecambistas.²⁷ En efecto, la aceptación del librecambismo fue independiente a razonamientos doctrinarios o a proyectos de largo alcance sobre lo que debía ser la economía chilena. El Estado necesitaba de los impuestos aduaneros para financiar sus presupuestos y los productores (mineros y agricultores) requerían de los mercados externos para poder

²⁵ Cavieres, Eduardo. "Anverso y reverso del liberalismo en Chile, 1840-1930", *Historia*, vol. 34, p. 39-66. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001.

²⁶ Cavieres, E. op. cit.

²⁷ Por ejemplo, según la Constitución conservadora de 1833, funciona una política aduanera pragmática que es todavía proteccionista en sus principios pero ya liberal en la práctica. Y ni Portales ni Egaña, sus inspiradores, eran liberales. Ellos sabían que la inserción del país al nuevo contexto internacional requería formalizar cambios importantes.

subsistir como tales. La casi natural inserción del país al mercado mundial, especialmente al británico, influyó mucho más en la aceptación de instrumentos e instituciones modernos y liberales que la teoría económica liberal.²⁸ Finalmente, retomando el aspecto político, fue a raíz de la coyuntura del "48" que el liberalismo chileno se radicaliza y se consolida como la ideología de la joven generación de la oligarquía que gobernaría Chile a partir de 1870 e impondría una institución liberal o, como dijo alguna vez Alberto Edwards (1945), se transformó en la "religión liberal". Ese fue el legado más importante del 48 europeo en Chile. Es en el mediano y largo plazo que las nuevas formas de sociabilidad arraigan en el mundo cultural y político chileno: "el Chile democrático del siglo XX, con sus cualidades y problemas es, parcialmente, producto del espíritu del "48", sus hombres y también las formas de sociabilidad que fueron marcados o nacieron de este".²⁹

²⁸ No fue por casualidad, entonces, que hacia mediados de la década de 1850, el gobierno conservador de Montt contratara al economista liberal francés Courceille de Seneiul para liberalizar los aranceles aduaneros vigentes por entonces.

²⁹ Gazmuri, C., op. cit, p. 213.

BIBLIOGRAFÍA

Cavieres, Eduardo

- 2001 "Anverso y reverso del liberalismo en Chile, 1840-1930", *Historia*, vol. 34, p. 39-66. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile.

Edwards, Alberto

- 1945 *La fronda aristocrática en Chile*. Editorial del Pacífico, Santiago.

Etchepare, Jaime Antonio

- 1999 "Ciento cincuenta años de gestión de candidaturas presidenciales, Chile 1850-2000, *Cuadernos de Historia*, vol. 19, p. 225-261. Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile.

Gazmuri, Cristián

- 1998 *El "48" chileno. Igualitarios, reformistas radicales, masones y bomberos*. Editorial Universitaria, Santiago.

Góngora, Mario

- 1986 *Ensayo sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria, Santiago.

Hale, Charles

- 1991 "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina. América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930*, vol. 8, p. 1-64. Crítica, Barcelona.

Jaksic, Iván

- 1991 "Sarmiento y la prensa chilena del siglo XIX", *Historia*, vol. 26, p. 117-144. Instituto de Historia. Pontificia Universidad Católica de Chile.

Jocelyn-Host, Alfredo

- 1997 "El peso de la noche, la otra cara del orden portaliano", Fernando E. Barba y Carlos A. Mayo (compiladores), *Argentina y Chile en época de Rosas y Portales*, p. 76-98. Universidad de La Plata, Buenos Aires.

Kannemann, Ingrid

- 1993 "El liberalismo y los pueblos autóctonos de América Latina: ayer y hoy", *Anales*, n° 5-6, p. 201-205. Instituto Iberoamericano de la Universidad de Gotemburgo.

Lynch, John

- 1992 "La formación de los estados nuevos", Manuel Lucena Salmoral y otros, *Historia de Iberoamérica. Historia contemporánea*, t. 3, p. 131-247. Cátedra, Madrid.

Silva, Osvaldo

- 1995 *Historia contemporánea de Chile*. Fondo de Cultura Económica, México.

Skidmore, Thomas y Peter Smith

- 1996 *Historia contemporánea de América Latina: América Latina en el siglo XX*. Crítica, Barcelona.

Subercaseaux, Bernardo

- 1997 *Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Sociedad y cultura liberal en el siglo XIX: J.V. Lastarria*, vol. 1. Editorial Universitaria, Santiago.

Villalobos, Sergio

- 1988 *Historia de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago.
- 1990 *Portales, una falsificación histórica*. Editorial Universitaria, Santiago.